El mercado de los nombres prestados

Shyvirelle

En el mercado de Varda se podía alquilar una mesa, una sombra bajo los toldos y, si alcanzaba el dinero, un nombre de buena reputación.

Los nombres no venían en frascos. Colgaban de una rueda de madera, escritos sobre tiras de tela. «Brina, albañila», «Osen, medidor de sal», «Maira, panadera». Quien alquilaba uno durante un día podía presentarse con él y recibir el trato reservado a su dueño. Los vecinos abrían puertas, ofrecían crédito o daban sitio en la fila. Pero el nombre no enseñaba a levantar un muro, reconocer sal ni cocer pan. Tampoco distinguía una promesa cumplida de una promesa pendiente.

Aro aprendió esa última regla demasiado tarde.

Vendía tintes en la orilla del mercado. Para conseguir un puesto bajo techo pidió prestado el nombre de Beral, un maestro teñidor que llevaba años retirado. La encargada del libro de alquileres le ató una cinta a la muñeca y anotó la hora en que debería devolverla.

—Con esta firma le darán el puesto del centro —dijo—. También le reclamarán lo que Beral haya dejado abierto. ¿Ha leído la lista?

Aro había visto un montón de papelitos sujetos al contrato. Los apartó con el dedo.

—No pienso quedarme más de un día.

La primera clienta que lo llamó «maestro» compró dos telas sin regatear. El segundo le pidió que devolviera tres cubos que Beral había tomado prestados. Un muchacho le recordó una deuda de pigmento azul. Antes de que sonara la campana del mediodía, Aro había ganado más ventas que en una semana y prometido reparar una lona que jamás había visto.

—Su nombre abre puertas —le dijo a la encargada—, pero deja la casa llena de cuentas.

—Nunca alquilamos solo la puerta —respondió ella.

Ese día, una niña de unos doce años vigilaba la rueda junto a un gancho sin cinta. De él colgaba una ficha de reserva que decía «Elda, curandera del barrio alto». No tenía precio escrito. A cada persona que preguntaba por ella, la niña respondía lo mismo:

—No está libre.

Aro oyó a dos mercaderes discutir junto al puesto de aceite. Uno quería recuperar el nombre para ofrecerlo al mejor postor; el otro aseguraba que el contrato había vencido

semanas atrás. Nadie conseguía que su portadora lo devolviera. El problema, explicaban, no era la tela. Era que la reputación de Elda seguía viviendo en una casa al fondo del barrio, donde cada día alguien encontraba la puerta abierta.

Aro se acercó a la niña.

—¿Cómo te llamas?

—Sena.

—¿Y por qué cuidas un nombre ajeno?

—Porque la mujer que lo usa no sabe cómo dejar de serlo.

La respuesta le pareció una adivinanza. Sena lo condujo por una calle empinada hasta una vivienda con bancos bajo un alero. Allí una mujer joven, de vestido remendado, escuchaba a un hombre que llevaba un cuaderno de cuentas. Sobre la mesa había cartas por leer, dos ollas de sopa y una pila de mantas destinadas a familias que habían perdido sus casas en una tormenta.

El hombre se despidió llamándola «señora Elda». Ella lo corrigió por lo bajo, pero él ya se marchaba.

—Me llamo Ivara —dijo cuando vio a Sena—. Al menos me llamaba así antes.

Aro señaló la cinta antigua que llevaba en el cuello.

—El mercado dice que no quiere devolverla.

—¿Dejaría usted a alguien esperando una promesa solo porque se hizo bajo otro nombre?

Ivara le explicó que había alquilado «Elda» por una tarde para entrar en la asamblea del barrio. Elda, una curandera conocida por acompañar a los enfermos y escuchar a las familias cuando no había nadie más, había partido hacia otra ciudad. Su ausencia había dejado compromisos sin atender: leer cartas a quienes no podían hacerlo, organizar turnos para llevar comida y visitar a personas que vivían solas. Ivara no pretendía saber el oficio de Elda. No daba tratamientos ni fingía conocer remedios. Llevaba recados, escuchaba y cumplía pequeños acuerdos prácticos.

—Cuando llegué con su nombre —continuó—, todos me abrieron. Me dijeron que Elda había prometido esto y aquello. Quise terminar una cosa antes de devolver la cinta. Luego apareció otra. Cuando por fin pensé en irme, nadie recordaba quién era Ivara.

—Sena sí —dijo la niña.

—Sena me conocía de antes.

Aro miró el listado de visitas, escrito con una letra despareja. En todas las líneas alguien había anotado «Gracias, Elda». Ni una decía «Ivara». Comprendió que la mujer temiera devolver la cinta: no creía que el nombre le prestara habilidades, sino que era la única forma de que las personas confiaran en que volvería al día siguiente.

—La reputación le pertenece a Elda —dijo Aro—. Pero el trabajo de estos días es suyo.

—Dígaselo al mercado.

Fueron juntos al anochecer. La encargada de los alquileres dijo que no podía registrar un nombre nuevo a partir de un testimonio. Los mercaderes protestaron porque la rueda tenía una cinta menos para arrendar. Sena se colocó delante de Ivara y sostuvo un cuaderno con ambas manos.

—He escrito todos los recados —dijo—. También quién los pidió y quién vio que se cumplieron.

—Una niña no puede inventar reputaciones —objetó uno de los mercaderes.

—Ni ustedes pueden repartirlas como si fueran cucharas —replicó Sena.

Aro conocía el libro de los nombres: lo había firmado aquella mañana sin leer sus anexos. Pidió verlo de nuevo. Había una columna para la «fama heredada» y otra, casi siempre vacía, para el «servicio comprobado bajo el nombre alquilado». No era necesario inventar una regla; bastaba con utilizar una que nadie se molestaba en explicar.

La encargada pasó el dedo sobre la columna.

—Para escribir aquí se necesitan testigos y obligaciones concretas. La reputación no se traslada por deseo.

—Los tenemos —respondió Aro.

Sena fue a buscar a las personas que habían firmado el cuaderno. Llegaron una mujer que había recibido mantas, el hombre del alero y dos vecinos que habían acompañado a Ivara a repartir comida. No juraron que ella fuese una curandera ni que hubiera realizado prodigios. Dijeron lo que había hecho: ir, volver, escuchar, cargar cajas y no faltar a lo prometido.

La encargada anotó cada tarea en la columna vacía. Al principio escribió «Elda, portadora temporal». Sena carraspeó. La mujer tachó sin borrar el dato anterior y añadió: «Ivara, nombre propio. Trabajos realizados durante el préstamo de Elda».

Ivara se llevó la mano al cuello, pero todavía no soltó la cinta.

—¿Y si mañana vienen a buscar a Elda?

—Podrán preguntar por ella —dijo la encargada—. Si buscan a quien les llevó la sopa, encontrarán a Ivara. Son dos cosas distintas.

Ivara devolvió por fin el nombre antiguo. La tira pasó de su mano a la rueda, y todos vieron que era solo tela; ni su rostro se desvaneció ni el mercado perdió color. Lo único que cambió fue cómo la llamaron cuando ofreció encargarse del reparto del día siguiente.

—Gracias, Ivara —dijo la mujer de las mantas.

Sena sonrió antes de que lo hiciera su amiga.

Aro regresó a la ventanilla con la cinta de Beral todavía en la muñeca. La encargada le presentó tres cuentas pendientes: devolver los cubos, pagar el pigmento azul y reparar la lona. Había asumido esas obligaciones al usar el nombre, y el final del alquiler no borraba lo prometido personalmente.

—Podría extenderle el préstamo —ofreció ella—. Beral abre muchas puertas.

—Demasiadas, si entro mirando solo mi beneficio.

Dejó la cinta sobre el libro y pidió registrar las cuentas a su propio nombre. Sus tintes no habían mejorado por llamarse Beral. Lo único que había cambiado era la paciencia con que otros lo escuchaban. Decidió ganarse esa paciencia sin disfraz.

A la mañana siguiente devolvió los tres cubos, pagó parte del pigmento y llevó su caja de herramientas para arreglar la lona. Trabajó al lado de Sena, que había ido a ayudar a Ivara con los bancos del alero. La dueña del puesto le preguntó si el maestro Beral enviaba a su aprendiz.

—No —dijo Aro—. Soy Aro. Todavía debo terminar el remate.

La mujer lo vio trabajar, comprobó que la tela no volvería a soltarse y le ofreció un sitio donde instalar sus tintes sin necesidad de una cinta prestigiosa.

En Varda, los nombres seguían alquilándose al abrir el mercado. Aro no propuso quemar la rueda ni prohibir los préstamos. Solo pidió que la columna de servicios realizados quedara a la vista, al lado de los precios.

Era una modificación pequeña: una línea para que cada promesa tuviera dueño y cada tarea hecha pudiera ser reconocida. Aro escribió la primera entrada con los dedos manchados de azul, usando las tres letras que había llevado siempre.